

# PATRICIO PRON

## La vida interior de las plantas de interior

LITERATURA MONDADORI



*La vida interior  
de las plantas de interior*

PATRICIO PRON



MONDADORI

---

*Barcelona, 2013*

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

© Random House Mondadori, S. A.

Gran parte de los males y sufrimientos en la vida provienen de nuestra incapacidad para liberar tensiones y fuerzas dentro de nosotros. Cuando una persona nos rechaza, nos rebelamos por dentro y, de algún modo, *nos aferramos a ese rechazo*. Esto genera una tensión que, como el doctor Wilhelm Reich demostró hace mucho tiempo, se transforma en tensión muscular y, si no se desbloquea, agota el campo de energía del cuerpo y altera su composición química. Mi investigación con plantas indica un camino hacia ese desbloqueo y la consiguiente liberación.

MARCEL VOGEL, citado en *The secret life of plants* [«La vida secreta de las plantas»]  
(1973)

## EL CERCO

### 1

Una mañana –no tiene demasiada importancia, pero es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete– un joven corre junto a su perro por una calle silenciosa en un barrio residencial al sur de la ciudad alemana de Hanau cuando algo sucede, el perro se adelanta o se retrasa o sale a la búsqueda de algo que ha llamado su atención y es arrollado por un coche. Al ser golpeado en el costado por el parachoques, el borde inferior de éste, que es particularmente agudo, abre un tajo en el vientre del animal y queda manchado de rojo; a continuación, el resto del cuerpo es engullido bajo el coche, que se detiene unos metros más adelante, cuando ya es tarde. Al acercarse, el dueño del perro comprueba que el animal ha quedado destrozado y estima rápidamente que sus posibilidades de salvación son iguales a cero; sin embargo, el animal aún jadea débilmente y lo mira desde el suelo con unos ojos desorbitados mientras intenta ponerse de pie. Naturalmente, esto no es posible porque su cuerpo ha sido cortado por el medio, y el dueño del perro se arrodilla junto a él y comienza a acariciarlo y a susurrarle palabras tranquilizadoras mientras las lágrimas caen por su rostro. El animal deja de respirar un instante después y, al intentar recoger su cadáver, el joven observa que sus intestinos están llenos de larvas de la araña argiopea; como el joven estudia veterinaria, reconoce de inmediato la variedad de las larvas y recuerda dos cosas que ha escuchado reciente-

mente en una clase: la primera es que las hembras de esa especie imitan el acto sexual entre ellas para animar a los machos a practicarlo, y la segunda, que estos, tras consumir el acto, sueltan su órgano sexual cargado de esperma en el interior de la hembra y tratan de escapar pero a menudo son alcanzados y devorados por ella.

## 2

Un instante antes —repetimos que es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete, aunque esto no tiene ninguna importancia—, al darse cuenta de que había arrollado al perro, la mujer que conducía el coche se ha detenido en el medio de la calle, ha salido del vehículo y se ha llevado una mano a la boca para ahogar un grito. Después se ha quedado de pie junto al coche, asistiendo al llanto del joven ante el perro destrozado con un silencio que espera que éste considere una manifestación de pesadumbre y arrepentimiento respetuosa de su dolor pero que no es más que el producto de que no se le ocurre nada que decir. Al llevarse una mano a la mejilla, la mujer comprueba que ella también está llorando. En el interior del coche hay una bolsa de papel con el nombre de una tienda impreso en su exterior; dentro de la bolsa hay un conjunto de ropa interior color rojo compuesto de sostén, liguero, medias y unas bragas minúsculas de encaje y un vibrador plateado metido dentro de una caja pequeña. Naturalmente, en ese momento la mujer no piensa en absoluto en esas cosas, pero tiene una impresión general de que todo ha ido mal y que todo va mal desde hace tiempo y ella esperaba que comenzara a ir mejor y para eso había salido esa mañana a comprar esas cosas, con la expectativa de que esas cosas sirvieran para que su marido, con el que hace meses que no hace el amor, volviera a interesarse por ella.

Unos kilómetros al norte de donde la mujer y el perro destrozado y su dueño se encuentran —todavía es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete—, el marido de la mujer está sentado frente a un médico que acaba de decirle que tiene cáncer de próstata. El hombre piensa que debería interesarse por sus posibilidades de curación, por los métodos empleados en este tipo de casos y por sus costes, pero, al abrir la boca, que tiene seca y que piensa que le huele mal, lo único que se le ocurre es pedir un vaso de agua.

Frente a él, el médico se levanta de su silla y abandona su consulta para ir a por un vaso de agua; al hacerlo, pasa frente a la consulta de una colega. El médico echa una mirada de resignación a la pequeña placa que pone su nombre en la puerta y piensa en ella y en su perfume y después deletrea su nombre. Ambos son amantes desde hace un par de años, aunque los dos están casados y procuran que su relación no interfiera con sus vidas. Ayer —era marzo, era viernes, era el año 2010, era el día veintiséis, sin que nada de esto importe mucho— la mujer del médico estaba echando la ropa en la lavadora cuando, de uno de los bolsillos de los pantalones de su marido, se deslizó un condón sin usar. Allí acabó el secreto en el que el médico había mantenido su relación con la amante. No por la existencia del condón, que nada probaba, sino por el hecho de que él sabe y su mujer sabe que él se sometió a una vasectomía hace ocho años. Ahora sus cosas están en una caja en la parte trasera de su automóvil, que espera en el aparcamiento de la clínica que a él se le ocurra adónde ir.

En ese mismo momento —es marzo, es sábado, es el año 2010, aún es el día veintisiete—, la mujer del médico se encuentra en el supermercado haciendo la compra. Empuja un carro frente a sí y arroja dentro los productos que coge de los expositores con aire distraído. ¿Qué compra? Un kilo de arroz, dos paquetes de jamón de pavo ahumado, dos botellas de aceite, un paquete de pasta de la marca Palle, dos tarros de pepinillos en conserva, una docena de huevos de producción ecológica, tres bolsas de pan precocido congelado, dos cartones de zumo de manzana y uno de una mezcla de zumo de plátano y de cereza, tres pizzas congeladas de jamón de York y piña —que es la única combinación de sabores que a ella le gusta—, miel, un kilo de tomates, una col lombarda, unos filetes de cerdo empanados, una caja de puré de patatas deshidratado, una bolsa de medio kilo de coles de Bruselas congeladas, un kilo de zanahorias. Al dirigirse a la caja para pagar se detiene un momento frente a la sección de revistas, que se encuentra junto a la floristería, y ve una revista de decoración que suele comprar habitualmente; cuando va a cogerla observa que en la portada aparecen dos ancianos que sonríen el uno junto al otro y ella se reconoce en la anciana y reconoce a su marido en el anciano —aunque ambos son relativamente jóvenes aún— pero también se da cuenta por primera vez desde que sucediera el incidente del condón que ya no envejecerán juntos, y entonces rompe a llorar.

La cajera del supermercado se sopla un mechón de cabello que le cae sobre el rostro y pasa por la máquina registradora un paquete de queso de oveja, que produce en la máquina un pitido, de la misma forma en que producen un pitido en ella la carne, los huevos de producción ecológica, los que no son ecológicos, los paquetes de cerveza, las revistas cristianas y

las pornográficas; todo reducido a un pitido que a la cajera le da vueltas en la cabeza las noches que tiene insomnio. Mira un instante la pantalla de la máquina registradora y está a punto de decir en voz alta el importe cuando ve que la siguiente clienta en la fila se pone a llorar al contemplar una revista de decoración. Entonces el queso de oveja se le cae de las manos. Naturalmente, es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete.

7

Es marzo, es sábado, es el año 2010, aún es el día veintisiete pero la primavera ya ha llegado. A algunos kilómetros del supermercado, un pastor se recuesta contra el tronco de un árbol para disfrutar de los primeros rayos de sol del año y se queda dormido.

8

Una vez más, es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete. A algunos kilómetros sobre la cabeza del pastor dormido vuela un avión de pasajeros. En el avión hay una mujer que se asoma a la ventanilla y observa allí abajo las ovejas y piensa que, si el pastor no despierta, muy pronto las ovejas se esparcirán y deambularán perdidas por las montañas y serán pasto de los lobos. Ella desearía hacer una seña o soltar un grito y despertar así al pastor, pero sabe que éste no la escucha ni la ve. La mujer es escritora. A muchos kilómetros de allí, el dueño del perro atropellado lleva un libro suyo en la mochila junto a un botellín de agua y un par de manzanas que pensaba comer en el parque después de trotar. La mujer del coche ha visto la tarde anterior un libro suyo en un escaparate y ha estado a punto de comprarlo, aunque no lo ha hecho. En diferentes momentos de sus vidas, la escritora ha sido leída por la

médica que es amante del hombre de la vasectomía y por la chica del supermercado y, en general, ambas han disfrutado de sus libros y podrían recomendarlos. Sin embargo, hace tiempo que la escritora no escribe; hay algo inaprensible que duele y le impide escribir; tras haberlo intentado muchas veces, la escritora ha renunciado, y dejaría con mucho gusto de pensar en ella como en una escritora si no fuera porque son otros los que le recuerdan periódicamente que lo es. Al verlas desde el avión, la escritora piensa en las ovejas perdidas por la montaña y se dice que, definitivamente, el pastor las ha abandonado, a las ovejas y a ella, y se dice que, de poder hacerlo, ella misma reuniría a las ovejas e impediría que se perdieran. Entonces piensa que, si la Biblia tiene razón y Dios es principalmente una cierta clase de escritor, entonces es uno indiferente a lo que sucede con sus personajes, a los que deja perderse y sufrir y morir siendo incomprendidos, y, una vez más, piensa que, de ser Dios un escritor justo, crearía un cerco de palabras para que sus personajes no se dispersaran y se perdieran, y que ese cerco de palabras sería el mundo pero también sería el relato, y, en él, los personajes no se perderían como las ovejas y vivirían, de algún modo, para siempre. Entonces, la escritora, que no es muy buena, que no lo ha sido nunca, que apenas consigue satisfacer a los lectores que buscan distracción en sus libros pero no verdad y sentido, por primera y quizá por última vez en su vida, comprende.

9

A algunos metros de ella, encerrado en uno de los baños del avión, hay un anciano. El anciano ha reunido furtivamente los salvavidas que ha encontrado debajo de los asientos vacíos y se ha encerrado con ellos en el baño y los está inflando. Cuando acaba de inflarlos se los pone en los brazos y en las piernas y, cuando ya no puede ponerse más, simplemente los infla y los deja caer al suelo y después se los echa encima. El anciano está

convencido de que el avión se vendrá abajo en cualquier momento y de que de esa forma él saldrá ileso del accidente. Aún es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete, pero eso no tiene ninguna importancia.